

conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

CAMBIO DE MENTALIDAD

Para ser más positivos

RÉPLICAS DE DIOS

Para todo tiene respuesta

EL TAXISTA DE NUEVA YORK

Un encuentro providencial





A NUESTROS AMIGOS

¿Eres optimista o pesimista? ¿Tu vaso está medio lleno o medio vacío? Según el personal de la reconocida Clínica Mayo, tu respuesta a la segunda pregunta revela cómo es tu personalidad y refleja tu actitud frente a ti mismo y frente a la vida en general, factores que tienen una

incidencia importante en tu calidad de vida y hasta quizás en tus *años* de vida¹. Huelga decir que los optimistas tienen muchas más probabilidades de alcanzar sus metas que los pesimistas. Si nuestra actitud influye tanto en nuestra felicidad y bienestar, conviene que de vez en cuando nos detengamos a reflexionar sobre nuestro modo de ver la vida y que procuremos cultivar el hábito de pensar positivamente.

Al explicar su modo de abordar el tema, el personal médico de la Clínica Mayo se refiere al diálogo interno, el flujo incesante de pensamientos que nos vienen a la cabeza todos los días. El diálogo interno puede ser positivo o negativo, y lo mismo se puede decir de sus efectos. Un diálogo interno positivo deriva en acciones positivas y progreso. En cambio, el negativo genera una actitud de derrotismo y abatimiento.

Parte del diálogo interno se basa en realidades y parte en falsedades. El primer paso que hay que dar para ser una persona positiva es hacer una distinción entre lo falso y lo real y desechar lo primero. Por ejemplo, no es cierto que seas incapaz de hacer nada bien. Rechazar mentiras tan burdas elimina gran parte de la negatividad. Otros diálogos internos encierran algo de verdad, como por ejemplo: «Casi seguro que no voy a poder hacer esto porque nunca lo he hecho». Eso puede contrarrestarse con afirmaciones positivas, como por ejemplo: «Tengo la oportunidad de aprender algo nuevo».

Todo eso está muy bien; pero ¿qué sucede con los diálogos internos negativos que tienen origen en verdades manifiestas, como puede ser un accidente, una enfermedad grave o la pérdida de un ser querido? ¿Cómo podemos pensar positivamente en casos así? También para eso hay soluciones, pero no voy a exponerlas aquí. Las encontrarás en las páginas que siguen.

Gabriel
En nombre de *Conéctate*

¿Buscas libros, compactos o videos que te comuniquen fuerzas, te motiven y te ofrezcan soluciones? Visita nuestro sitio web o ponte en contacto con cualquiera de los distribuidores que se indican a continuación.

www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado Postal I-719
Mitras Centro
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 2306 05
(52-81) 81 34 27 28 (fax)

Argentina:

Casilla 10
Correo de Mendoza
M- 5500
conectateconosur@conectateac.com

Colombia:

Conéctate Colombia
Apartado Aéreo 85178
Bogotá
conectate@coldecon.net.co
(1) 7586200

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.702
Correo 21
Santiago
(09) 9469 70 45

España:

Conéctate
Apdo.626
28080 Madrid
(34) 658640948

Resto de Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedeurope@activated.org
(44-0) 8458381384

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

DIRECTOR Gabriel Sarmiento
DISEÑO Giselle LeFavre
PRODUCCIÓN Jessie Richards

© Aurora Production AG, 2008
<http://es.auroraproduction.com>
Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.
A menos que se indique otra cosa, los versículos citados provienen de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizados con permiso.

¹ <http://www.mayoclinic.com/health/positive-thinking/SR00009>

¡Cantemos!



MILA GOVORUKHA

ME DESPERTÓ TEMPRANO un coro de pájaros con sus trinos, gorjeos y conversaciones. Sus sonoras y alegres melodías llenaban el ambiente; eran como un sonido envolvente natural. Estaba acampando con varios amigos en unos bosques próximos a Mostar, una ciudad de seiscientos años de antigüedad que se mencionó mucho en las noticias durante la guerra de Yugoslavia de principios de los 90.

Las notas de los pájaros subieron de tono y volumen. Al rato se apagaron y quedaron casi en un susurro, para luego aumentar de intensidad y vibrar nuevamente con entusiasmo y optimismo. Las dificultades que afronta este país étnicamente dividido eran lo que menos preocupaba a los pajarillos. Casi quince años después de terminar oficialmente la guerra, los croatas católicos, los bosnios musulmanes y los serbios ortodoxos todavía están aprendiendo a convivir en las mismas ciudades, a trabajar en armonía y perdonar.

Salí a pasear junto al río y observé el paisaje: la carretera estaba

llena de baches, había bancos sin asiento, un puente semidestruido, un pequeño café sin puertas ni vidrios en las ventanas, arriates invadidos de malas hierbas. Me recordé a mí misma: «No debes pisar la hierba. ¡Puede haber minas!» Por unos momentos me olvidé de los pájaros. ¿Por qué había ocurrido todo aquello? ¿Quién había sido el causante de semejante calamidad?

Me acerqué a las tambaleantes ruinas del puente y observé un pájaro en una de las barandas. ¿Se acordaría de lo que había pasado? ¿Habría visto a alguien morir en aquel lugar? ¿Habría oído los disparos?

El ave prorrumpió entonces en canto, y olvidé aquellos interrogantes. Su cuerpecito se estremecía mientras cantaba con todas sus fuerzas. Se le salía el alma con el trino. Lo hacía con tal fuerza y convicción que me entraron ganas de cantar a mí también. Parecía que su tonada hablaba del sol naciente, de la mañana, del cielo azul, de aquella nueva jornada llena de esperanza, de las flores,

del apacible bosque, de las aguas frescas que corrían relucientes, lavándolo todo y llevándose consigo los rastros del pasado. El pájaro no pensaba en la impresión que causaba ni en el efecto que pudiera tener su interpretación; simplemente cantaba con todo su ser.

No sé cuánto tiempo me quedé sentada observándolo; el caso es que me olvidé de todo lo demás. Me embelesé con su trino y canté con él. Fue un canto a la libertad que sentía surgir en mí, a las nuevas posibilidades, a las nuevas formas de mirar la vida, a la esperanza, a la belleza de la creación y a su gentil Creador, a ese gran amor que lava los errores del pasado. Fue una sensación grata y liberadora.

Olvidémonos de las diferencias étnicas. Olvidémonos del quiebre de relaciones. Olvidémonos de los errores de quien jamás pidió perdón. Aprendamos de las aves. Cantemos con toda el alma. ¡Simplemente cantemos!

MILA GOVORUKHA ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN BOSNIA-HERZEGOVINA. ✿

CAMBIO DE MENTALIDAD



VIRGINIA BRANDT BERG

En cierta ocasión una señora me contó que se había esforzado mucho por albergar exclusivamente pensamientos positivos, pero no había conseguido persistir en su propósito. Aun cuando lograba mostrarse optimista, muchas veces por dentro se sentía ofuscada. El método de autoayuda que había elegido para intentar ser más positiva prescindía de Dios. Por eso, cuando las cosas le salían mal, no contaba con nada firme en qué apoyarse.

Si bien puede parecer paradójico considerar firme la fe en Dios, la verdad es que es así. «La fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve»¹. Frente a las dificultades y decepciones, la fe es mucho más eficaz que un simple ejercicio mental, pues está respaldada por las promesas que Dios nos hizo en Su Palabra, promesas que producen resultados concretos cuando uno cree en ellas y las aplica a situaciones de la vida real.

Además de ser capaces de modificar una situación de apuro, esas promesas tienen la virtud de transformarnos a nosotros. La Biblia dice: «Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento»². Por medio de esas «preciosas y grandísimas promesas» podemos llegar «a ser participantes de la naturaleza divina»³.

Mediante la voluntad podemos desterrar los pensamientos negativos. Sin embargo, a menos que ocupemos el vacío que dejan, nos volverán a invadir. ¿Con qué debemos sustituirlos? ¿Qué hay que sea más positivo y más poderoso que la Palabra viva del Dios vivo? La Palabra divina nos edifica y nos transforma, y sumada a la oración puede darnos la victoria sobre todo pensamiento desagradable y negativo y sus consecuencias.

En la medida en que hagamos un esfuerzo sostenido por reemplazar los pensamientos negativos por otros positivos derivados de la Palabra de Dios, nos iremos haciendo el hábito. Aprenderemos a «llevar cautivo todo pensamiento»⁴, como dice la Biblia.

Claro que resulta muy difícil hacer eso en medio de este tumultuoso mundo. La mente de Dios no se encuentra en las calles de la vida social ni en las tiendas de hobbies. Para establecer contacto con Él hay que buscar un sitio libre de distracciones. «Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público»⁵.

No hay mejor lugar para renovarse mentalmente que el aposento de la oración, a solas con Dios. Cuando nos apartamos de las cosas temporales que nos distraen y nos hostigan, cuando nos presentamos ante Dios y fijamos la mente en las cosas de Él, Su poder transformador comienza a obrar en nosotros. Entonces cambiamos y nos renovamos. ✝

¹ Hebreos 11:1, NVI

² Romanos 12:2

³ 2 Pedro 1:4

⁴ 2 Corintios 10:5

⁵ Mateo 6:6

RÉPLICAS DE DIOS



Así contesta Dios en la Biblia a todo lo negativo que nos decimos interiormente.

Decimos: «Es imposible».

Dios dice: «Para Mí, todo es posible» (Mateo 19:26).

Decimos: «No puedo».

Dios dice: «No hace falta que tú lo hagas. Lo haré Yo» (2 Crónicas 20:17).

Decimos: «Tengo miedo».

Dios dice: «No temas, porque Yo estoy contigo» (Jeremías 42:11).

Decimos: «¡Qué agotamiento tengo!»

Dios dice: «Yo te haré descansar» (Mateo 11:28-30).

Decimos: «No vale la pena».

Dios dice: «Valdrá la pena» (Romanos 8:18).

Decimos: «Todo son preocupaciones y contrariedades».

Dios dice: «Echa toda tu ansiedad sobre Mí» (1 Pedro 5:7).

Decimos: «Nadie me quiere».

Dios dice: «Yo te amo» (Juan 3:16 y Juan 13:34).

Decimos: «No me lo perdono».

Dios dice: «Yo te perdono» (1 Juan 1:9 y Romanos 8:1).

Decimos: «Me falta fe».

Dios dice: «A cada uno le he dado una medida de fe» (Romanos 12:3b).

Decimos: «No aguanto más».

Dios dice: «Te basta Mi gracia. Estaré a tu lado en la angustia» (2 Corintios 12:9 y Salmo 91:15).

Decimos: «No puedo salir adelante».

Dios dice: «Proveeré cuanto te haga falta» (Filipenses 4:19).

Decimos: «Me falta inteligencia».

Dios dice: «Te daré sabiduría» (Santiago 1:5 y 1 Corintios 1:30).

Decimos: «No lo entiendo».

Dios dice: «Te revelaré los misterios» (Daniel 2:28).

Decimos: «No soy capaz».

Dios dice: «Con Mi ayuda sí» (Filipenses 4:13 y 2 Corintios 3:5).

Decimos: «No tengo a nadie».

Dios dice: «No te desampararé, ni te dejaré» (Hebreos 13:5).

La negatividad: origen y solución

DAVID BRANDT BERG

EL DIABLO es el acusador de los santos¹. Nos echa en cara todas nuestras insuficiencias y defectos, nuestras debilidades y fallos. Si le prestas atención, estás perdido, porque siempre habrá algo más que podrías haber hecho o algo que desearías no haber hecho. Siempre habrá algo —alguna negligencia, algún descuido, un error o falta, un mal hábito— que el Diablo esgrimirá para molestarte si quiere, ¡y ganas no le faltan!

Pero ¡gracias a Dios por Jesús! Él es el antídoto. Siempre nos señala las cosas buenas. Jamás pierde la fe en nosotros ni deja de amarnos, aun cuando

nos equivocamos. Por eso, cuando el Diablo te acose con pensamientos negativos sobre ti mismo o sobre otras personas, no le hagas caso. Escucha más bien a Jesús. Piensa en algo positivo. Haz siempre memoria de lo bueno. Pensar bien de ti mismo y de los demás aleja las dudas, los temores y las acusaciones que lanza el Diablo. Llena tu corazón, tu mente y tu lengua de cosas buenas. Piensa en todo lo bueno de que disfrutas, y espantarás al Diablo. Deja entrar la luz, y la oscuridad desaparecerá. ✠

¹ Apocalipsis 12:9,10

HAY MALES QUE NO SON TALES

En *El caballo y el muchacho*, una de las siete novelas de la saga *Las crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis, un niño llamado Shasta sueña con viajar al desconocido norte, en el que se encuentra la mágica tierra de Narnia. Una noche Shasta se entera de que el pescador que se ha hecho pasar por su padre se propone venderlo a un noble de un reino vecino. (Más adelante nos enteramos de que Shasta sufrió un naufragio cuando era pequeño y fue recogido por el pescador.) Mientras aguarda a su nuevo amo en un establo, descubre que el caballo del noble, Bri, es un corcel parlante de Narnia. Bri le explica que fue secuestrado de potrillo y vendido como caballo de guerra, y le propone escaparse juntos. El viaje hacia el norte es largo y azaroso, y en el trayecto se cruzan varias veces con leones.

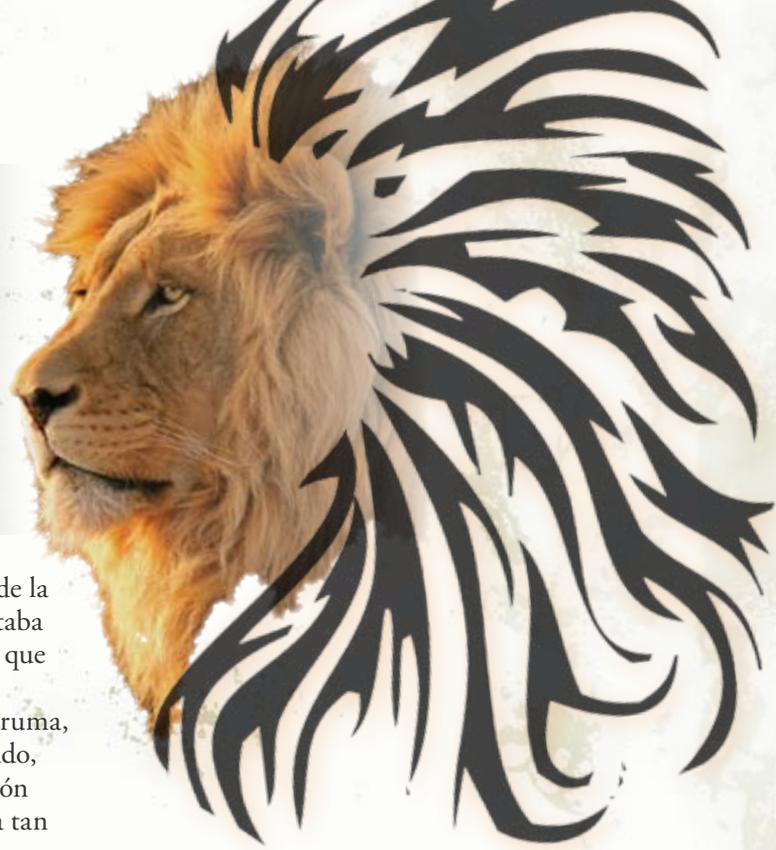
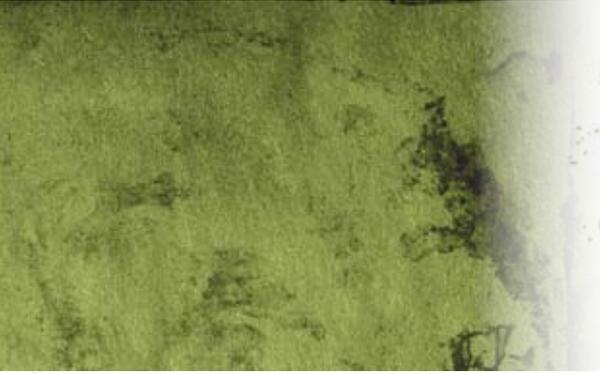
La primera vez Shasta y Bri se encuentran con otros dos personajes que también huyen hacia Narnia: Aravis, una joven aristócrata a quien pretendían obligar a casarse con un individuo de lo más desagradable, y su yegua parlante, Juin, que también fue secuestrada de Narnia. Los cuatro deciden hacer el viaje juntos.

Shasta se separa de los demás y llega antes que ellos al sitio en el que habían acordado encontrarse, por lo que debe pasar la noche solo junto a unas tumbas tenebrosas. De golpe lo despierta un ruido procedente de unos matorrales, pero no es sino un gato que se acomoda junto a él. Al rato vuelve a despertarse con chillidos de chacales, seguidos por el rugido aterrador de un león. Pero al abrir los ojos descubre con alivio que no hay otro animal que el gato.

Tras reunirse con Aravis y Juin y enterarse de un plan urdido por hombres perversos para invadir Archenland —un pequeño reino que limita con Narnia— y luego conquistar Narnia, los cuatro parten para advertir al rey Lune, de Archenland. En ese momento se les aparece otro león, que asusta a los caballos y los hace galopar todavía más rápido. Con todo y con eso, el león los alcanza y ataca a Aravis; pero Shasta logra repelerlo. Dado que los caballos están exhaustos, Shasta los deja con Aravis al cuidado de un ermitaño de buen corazón y sigue a pie para advertir al rey.

Shasta se encuentra al fin con el rey Lune y su partida de caza, le entrega el mensaje y se marcha con ellos en un caballo prestado. Sin embargo, a causa de la espesa bruma se separa de los demás. Perdido y abatido, percibe la presencia de alguien que se desplaza junto a él entre las sombras. A la larga entablan conversación, y Shasta le relata sus muchos infortunios, entre ellos, sus últimos enfrentamientos con leones. Su interlocutor resulta ser Aslan, el «gran León» de los otros libros de Narnia, quien le revela que él fue el único león con que se topó a lo largo de su viaje:

—Yo era el león que te obligó a juntarte con Aravis —dice Aslan a Shasta—. Yo era el gato que te consoló entre las casas de los muertos. Yo era el león que ahuyentó a los chacales mientras dormías. Yo era el león que dio a los caballos las renovadas fuerzas del miedo para los últimos dos kilómetros, a fin de que pudieras alcanzar al rey Lune a tiempo. Y yo fui el león, que tú no recuerdas, que empujó



el bote en que yacías —una criatura al borde de la muerte— para que llegase a la playa donde estaba sentado un hombre, desvelado a medianoche, que debía recibirte.

Una luz dorada se abre paso a través de la bruma, y Shasta se vuelve para ver «paseándose a su lado, más alto que el caballo, a un León. Era del León que provenía la luz. Jamás nadie ha visto nada tan terrible o tan hermoso».

Aslan se desvanece, Shasta llega a Archenland, y el rey Lune entonces descubre que el muchacho es su propio hijo Cor, que se perdió de niño; y por haber nacido unos minutos antes que su hermano mellizo —el príncipe Corin—, Cor es el heredero del trono. A la larga Cor y Aravis se casan. «Y después que murió el rey Lune fueron un buen rey y una buena reina de Archenland».



Esta fantasía infantil encierra algunas verdades perennes: las dificultades de la vida no son casualidades ni frutos del azar. Dios permite que pasemos por cada una de ellas con un propósito bien definido. Todas pueden redundar en nuestro bien y ninguna

Dios se vale de los percances externos y de nuestras angustias internas, de nuestros éxitos y de nuestros fracasos, de las pruebas y tentaciones, para alcanzar en nuestra vida los objetivos que se ha propuesto. Si somos Suyos, Él nos sostiene con un amor que nunca nos abandonará. Jamás deben asustarnos las circunstancias. Coty Pinckney

de ellas es imposible de superar con la ayuda de Él. Los *leones* que abominamos son en realidad nuestra salvación. Sin ellos no alcanzaríamos nuestro destino; nunca llegaríamos a tener el relieve que Dios desea que tengamos.

Aunque desde nuestra perspectiva las contrariedades difícilmente se ven ventajosas, Dios sabe muy bien lo que hace. Comprende exactamente qué grado de entereza y madurez debemos alcanzar en cada esfera de nuestra vida y nos ayuda en nuestro crecimiento personal si nosotros cumplimos con la parte que nos corresponde; y el primer paso es confiar en que, cualesquiera que sean los escollos que se nos presenten, Él los regula con suma benevolencia.

Muchas veces Dios nos deja llegar a un punto en que nuestros recursos resultan insuficientes; lo que no hace nunca es ponernos en una situación en que no nos queda más remedio que claudicar. Siempre tenemos la posibilidad de acudir a Él y echar mano de Sus recursos para sortear el obstáculo, reconociendo nuestra dependencia de Él. Cuando tomamos esa opción, Él nos saca adelante sí o sí. ✠



Quando nos aprietan las clavijas

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

Si Dios me ama, ¿por qué permite que me sucedan desgracias?

Las tribulaciones presentan sus ventajas: nos acercan a Jesús, nuestro Salvador y Amigo, y en consecuencia nos unen también a Dios. A raíz de los desasosiegos buscamos seguridad y cobijo en Sus brazos, y hallamos eso y mucho más. Él nos ama con un amor eterno e inalterable. Es mucho lo que nos ofrece; quiere prestarnos Su ayuda de mil maneras. Anhela pasar ratos con nosotros. Desea que vivamos muy unidos a Él, siempre a Su lado, para instruirnos y hacernos más semejantes a Él.

Desgraciadamente, la naturaleza humana es tal que cuando todo marcha bien no sentimos el apremio de acudir a Dios para pedirle fuerzas y auxilio. Cuando las cosas salen a pedir de boca nos convencemos erróneamente de que somos fuertes y autosuficientes y de que no necesitamos a Dios. Vivimos contentos y nos va bien; por ende, no precisamos

ayuda, que a veces incluso catalogamos de *injerencia*.

No nos damos cuenta de lo que nos perdemos. Pero Él sí. Sabe bien que lo necesitamos y que nos podría ofrecer una vida mucho más rica si dependiéramos más de Él.

Quiere enseñarnos a apoyarnos en Él y echar mano de Sus fuerzas, infinitamente superiores a las nuestras. Pero, ¿cómo puede suceder eso si lo desestimamos o lo marginamos de nuestra vida?

Si nuestra vida estuviera exenta de pruebas y tribulaciones, no sentiríamos la necesidad de refugiarnos en Sus brazos ni aprenderíamos que comulgando con Él y con Su Palabra obtenemos fuerzas y consuelo.

Puede que la siguiente afirmación no te parezca muy auspiciosa, pero en el fondo lo es: Dios no solo permite que tengamos dificultades, sino que en muchas ocasiones es Él mismo quien nos

las envía. Las concibe a la medida de cada uno, y ello con el expreso propósito de acercarnos a Él. Nos aprieta las clavijas para que le pidamos ayuda; no con la intención de hacernos daño ni castigarnos, sino para fortalecernos. Sabe que si depositamos nuestra confianza en Él aumentará nuestra fortaleza espiritual y nuestra resistencia y capacidad de recuperación ante las dificultades de la vida; y que si nos acercamos a Él y nos hacemos más como Él, a la larga nos sentiremos más felices y satisfechos.

Si nos volvemos a Jesús en la hora de la adversidad, en medio mismo de la prueba nos demostrará cuánto nos quiere. Tal vez lo que nos perjudica no desaparezca instantáneamente; no obstante, nos dará «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento», y nos ayudará a apreciar el bien que está obrando en nuestra vida¹. ✠

¹ Filipenses 4:6,7

Remedio para un día de lluvia

VICTORIA OLIVETTA

DESDE que tengo uso de razón no me gustan los días nublados, y menos en invierno. Se me hacen eternos y deprimentes, y me enfrían el cuerpo y el alma.

De todos modos, son parte de la vida. Así que resolví aprender a disfrutarlos.

En los últimos años han llegado a gustarme más. Ya no me parecen tan tristes. ¿Cuál es el secreto? En realidad tengo varios.

A veces aprovecho esos días para preparar un pastel, unas galletas o algo más para tomar con el café. Toda la casa huele a café y a las delicias que están en el horno. Eso crea un ambiente cálido y agradable.

También he aprendido que puedo dar una nota de alegría con lo que me pongo, por ejemplo con un suéter de un color vivo o algunos abalorios.

Más que nada he aprendido a dar gracias a Dios por esos días. Siguen sin entusiasmarme, pero gozo de buena salud, vivo en una casa sin goteras, me acuesto en una cama calentita, no me falta comida y tengo a alguien con quien compartir las bendiciones que Dios me da.

Hace poco tuve que salir en un día nublado. De todos modos, no esperaba que lloviera. Sin embargo, a media mañana me sorprendió un aguacero a una distancia considerable de casa. Encontré un lugar donde guarecerme y esperé una hora a que escampara.

Cuando vi que no dejaba de llover, opté por volver a casa. Igual ya estaba mojada. Al llegar, tenía tanta agua en la ropa y en el pelo que esperaba encontrarme peces. Tras una ducha caliente y un rico almuerzo, quedé como nueva. Me sentí en la gloria.

Mientras soportaba fuera el frío y la lluvia, oré por las víctimas de catástrofes, por personas que pasan verdaderas angustias, no solo porque se les quema el pollo o porque al teñirse el pelo les queda de un color atroz. Me refiero a auténticas penurias, como quedarse sin casa en un terremoto y no tener agua corriente, ropa seca ni comida caliente. Igual de terrible es la situación de los que aparentemente tienen de todo para ser felices pero se hallan vacíos, solos y vulnerables.

Cuando te deprima el mal tiempo o alguna otra circunstancia adversa, ora por alguien que esté en peor situación que tú. Así verás las cosas más objetivamente. Es algo que hace bien al alma, como la ducha caliente que me reanimó. Rogar por alguien que sufre, que está solo o no puede revertir una circunstancia desafortunada, levanta el ánimo como el aroma de unas galletas recién salidas del horno.

VICTORIA OLIVETTA ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ARGENTINA. ☘

Existe una pequeña diferencia entre las personas, pero esa pequeña diferencia tiene un gran efecto. La pequeña diferencia está en la actitud; la gran diferencia es si es positiva o negativa.
W. Clement Stone



EL TAXISTA DE NUEVA YORK

JOYCE SUTTIN

Los últimos meses habían sido muy duros. Estaba ansiosa por tener un bebé, un pequeñito que cobijar en mis brazos y que fuera mío. Dos veces había sufrido un aborto espontáneo. Le reprochaba a Dios aquellas heridas. Se las enrostraba diciéndole: «Mira lo que hiciste cuando confié en que responderías a mi oración y me darías un bebé». No lograba superarlo.

Mi marido y yo nos íbamos a mudar a Nueva York para trabajar en un hogar misionero del Lower East Side. Necesitaba ese cambio de aires. Dan se había trasladado directamente al departamento de sus padres en Manhattan, pero yo había pasado por Boston para llevar a casa de sus padres a un niño que habíamos estado cuidando. Durante el largo viaje en bus me acurruqué junto a la ventanilla y lloré.

Mi médico estaba convencido de que mi último embarazo había sido lo que denominan un embarazo psicológico, es decir, que todos los síntomas habían sido producto de mi imaginación. Aquello había sido humillante para mí, como echarle sal a la herida. No me cabía duda de que había estado encinta.

A esas alturas ni siquiera estaba segura de lo que quería. Mientras me acomodaba en el bus me asaltó una incertidumbre sobre todo lo que había creído y predicado a los demás. ¿Qué hacía yo tratando

de realizar una obra misionera? ¿Cómo podía decirles a los demás que confiaran en Dios cuando mi propia fe estaba en crisis? Mi vida era como un trompo fuera de control.

Al cabo de lo que me pareció una eternidad, llegamos a la terminal de buses de Nueva York. Ya había estado en la ciudad otras veces de visita en casa de los padres de Dan, pero siempre me había sentido agobiada. La metrópoli era demasiado grande, demasiado impersonal, tenía demasiado ajeteo. Me puse a caminar como una turista hipnotizada por los rascacielos; pero en realidad no eran los rascacielos los que me hacían alzar la vista: buscaba más bien un retazo de cielo azul.

Encontré un teléfono público y marqué el número de mis suegros. Ansiaba oír la voz de Dan. Aunque varios teléfonos descompuestos se tragaron parte del escaso dinero que tenía, no me preocupé. Dan no tardaría en pasar a buscarme.

Finalmente encontré un teléfono que funcionaba y logré marcar el número. Pero nadie contestó. Me tomé un café y volví a llamar con la misma mala suerte.

Salí a la calle y me puse junto a un paradero de taxis. Noté que estaba oscureciendo. Las lágrimas que me brotaban nuevamente de los ojos me hacían ver borrosas las luces de la ciudad.

Volví a entrar y marqué otra vez el número de teléfono. Nadie contestaba. No estaba preparada para aquello. No le había indicado bien a mi marido a qué hora llegaría y no tenía la dirección de sus padres ni sabía llegar a su casa. Además, no había nadie allí. Lo único que tenía era la dirección del hogar donde íbamos a trabajar, en un barrio marginal conocido como Hell's Kitchen.

El miedo empezó a apoderarse de mí. Volví a salir y paré un taxi. Cuando le di al taxista la dirección del hogar, me preguntó bruscamente:

—¿En serio?

Seguidamente bajó la bandera y partió.



Mientras avanzábamos a paso de tortuga en medio del denso tráfico, se me hacía que el taxímetro giraba mucho más rápido que las ruedas del auto. Saqué mi billetera y volví a contar el dinero que me quedaba. La cifra que indicaba el taxímetro se acercaba rápidamente al total que tenía. Al subirme al taxi había calculado que si no me alcanzaba la plata podía entrar en el hogar y pedir prestado lo que me hiciera falta; pero empecé a tener mis dudas.

Me incliné un poco para poder verle mejor la cara al chofer con

las luces de la calle. Tenía las facciones duras y marcadas de un ex presidiario o pandillero. Recordé el tono brusco con que me había contestado al darle la dirección. Entonces me llamó la atención una gran cicatriz que le recorría la mitad del cuello. No era un hombre con el que pudiera relacionarme fácilmente o hablar de bueyes perdidos.

Volví a reclinar me en el asiento. El taxímetro ya marcaba más de lo que tenía en la cartera. Hubiera debido ser más paciente. Hubiera debido esperar en la terminal y seguir llamando a la casa. Recordé todos los titulares tenebrosos

que había leído sobre taxistas que secuestran a pasajeras para abusar de ellas. ¡Había cometido un error garrafal!

Entonces hice algo que hubiera debido hacer mucho antes. Me olvidé de mis desavenencias con Dios y le dije: «Señor, ¡estoy en un brete! Te ruego que me indiques qué hacer. ¿Debo pedirle que se detenga y quedarme varada en una ignota esquina de Nueva York? El chofer no da la impresión de ser una persona muy comprensiva. Perdóname por haber sido tan insensata y haberme portado mal contigo. Protégeme y muéstrame qué puedo hacer para que me lleves sana y salva a mi destino».

La respuesta que me vino mentalmente fue enfática. «Háblale a este hombre de Mí como si todo dependiera de eso». Antes de que se me ocurriera una excusa para no hacerlo, respiré profundamente y me lancé.

—Tengo que hacerle una confesión. Este viaje me va a costar mucho más de lo que tenía previsto y no tengo suficiente para pagarlo. Debí habérselo dicho antes. Me dirijo a un hogar misionero en el que vamos a trabajar mi marido y yo. No conozco muy bien Nueva York y no sabía que el viaje iba a ser tan largo. Lo siento mucho. Cuando lleguemos tendré que entrar a buscar un poco más de plata. Mi marido y yo procuramos vivir como lo hacía Jesús, predicando el Evangelio a todas las personas con quienes nos cruzamos. Confiamos en que Él provea para nuestras necesidades día a día.

Mientras hablaba, Jesús iba poniendo palabras en mi boca:

—¿Sabe usted? Hay mucha gente que necesita sentir el toque sanador de Jesús. Él tiene solución para todo, sea lo que sea. Es capaz de curar cualquier herida y de aliviar todas las penas del corazón. Para establecer contacto con Él basta con hacer una breve oración. ¿Alguna vez le ha pedido a Jesús que entre en su corazón?

Se hizo un largo y pesado silencio. Luego el hombre tosió y se puso a sollozar. Mi incliné hacia adelante y vi que le corría una lágrima por la mejilla.

—Mi abuela me llevaba a la iglesia cuando era niño —comenzó a contarme con voz profunda

y cargada de emoción—. Me hablaba de Jesús. Yo hasta rezaba con ella. Pero después que murió nadie volvió a hablarme de Él. Usted tiene razón. Hay muchísima gente que necesita sanarse. Yo mismo lo necesito. He llevado una vida horrenda. Mi abuela se avergonzaría de mí por todas las maldades que he cometido. Ya es tarde; no creo que Jesús pueda perdonarme.

Entonces me tocó a mí contener las lágrimas.

—A Jesús lo crucificaron entre dos maleantes. Uno de ellos le pidió que lo perdonara, y Jesús le dijo: «Este día estarás conmigo en el paraíso». Jesús explicó que no había venido a predicar a los buenos ni a los que se creían autosuficientes. Se dirigió a los borrachos y a las prostitutas, a las personas que tenían claro que necesitaban de Él. También quiere ayudarlo a usted. Lo único que tiene que hacer es pedirle perdón. Él lo perdona todo.

Se me pasaron por la cabeza escenas de mi pasado reciente. Recordé mis dudas y mi falta de confianza en Él en los momentos en que arreciaban las pruebas.

—Él es capaz de perdonarnos aun cuando dudamos —le dije con voz entrecortada—. Cuando nos damos cuenta de que tenemos que confiar en Él con toda el alma y reconocemos que Él entiende al detalle nuestras necesidades y que nos responderá en el momento indicado, entonces puede obrar Sus milagros más portentosos.

—No se preocupe por el dinero —interrumpió el taxista—. La llevaré a donde tenga que ir y

pagaré yo. Lo que usted hace es muy importante. Hell's Kitchen está lleno de personas que necesitan que usted les hable del Cielo. A partir de ahora rezaré más y me esmeraré para ser una mejor persona. A usted me la envió Dios.

Llegamos al hogar y se bajó a ayudarme con los bolsos. Lo abracé y le dije que Jesús nunca lo defraudaría. Esperó a que saliera alguien a recibirme y se despidió con una sonrisa.

Así fue como llegué sana y salva. Me comuniqué con mi marido, que se disculpó por no haberse quedado junto al teléfono. Calculaba que yo llegaría más tarde.

Los que me oyeron relatar lo ocurrido con el taxista se quedaron perplejos. Me dijeron que los taxistas de Nueva York tienen fama de ser de los más duros del mundo. Nunca dan un viaje gratis a nadie. Fue un milagro.

No obstante, para mí el verdadero milagro no había sido el viaje gratuito, sino que dos personas alejadas de Dios hubieran sentido Su amorosa intervención. Las lágrimas de aquel rudo taxista me llevaron a tomar conciencia de eso. Las palabras que Dios me había dado para él eran justamente las que necesitaba oír yo. Dios me había enviado a aquel taxista.

P.D.: Al poco tiempo me vinieron sensaciones raras. Algo crecía dentro de mí. Era la criatura por la que había orado.

JOYCE SUTTIN ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN EE.UU. ✨

Un regalo y un tesoro

NYX MARTÍNEZ

cuentan los libros de Historia que durante las Lupercales, fiestas que con el tiempo probablemente dieron lugar a la celebración del día de San Valentín, los jóvenes romanos echaban suertes para elegir una muchacha a la que harían obsequios y cortejarían durante el siguiente año. En nuestros días se ha abandonado esa elección de novia al azar, pero el 14 de febrero los enamorados de muchos países intercambian tarjetas de felicitación y regalos a fin de expresarse su amor.

Esa fecha me evoca el caso verídico de una pareja. Todo empezó hace varios años...

Érica sonrió y pensó: «Este regalo se sale de lo corriente». Ni ella ni Cristian eran muy religiosos, por lo que no sabía con certeza de dónde había sacado la idea de hacerle aquel regalo. Sin embargo, mientras escribía la dedicatoria en la guarda de la Biblia, algo le decía que aquel libro sería con toda seguridad el obsequio ideal para el hombre al que tanto quería.

Esta fue la dedicatoria: «No es un regalo muy habitual para el día de los enamorados, pero va sellado con el amor que siento por ti».

Cristian se sorprendió un poco al abrir el regalo de Érica. Al fin y al cabo, él prácticamente jamás había pisado una iglesia. En su opinión, el cristianismo no era más que una religión entre tantas.

Transcurrieron dos años. La Biblia yacía olvidada en un estante, mientras la relación de la pareja se iba deteriorando irremediabilmente. Todo parecía indicar que estaba abocada al fracaso.

Durante esa crisis, no obstante, a Cristian le llamó la atención aquel libro que rara vez había hojeado. Lo abrió y leyó pasajes al azar. Sorpresivamente descubrió lo que faltaba en su relación con Érica. ¿Cómo era que no lo había visto antes? Ahí estaba, expresado de manera simple, clara y al mismo tiempo muy profunda: «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Día a día Cristian continuó estudiando la

Biblia, versículo a versículo, hasta que por fin aceptó a Jesucristo como su gran amigo y salvador.

Érica se sorprendió de que Cristian se hubiera aficionado a ese libro. Juntos fueron descubriendo más tesoros que hasta entonces les habían estado ocultos. El amor de Jesús los unió cada vez más, los ayudó a rectificar sus errores y les enseñó a sincerarse como nunca el uno con el otro.

Esa Biblia ha sido su fuente de fortaleza y amor y, cuando su relación pasa por una etapa difícil, Cristian recuerda el día en que Dios le dio una señal por medio del regalo que Érica le entregó en prenda de amor.

Me acordé de esta anécdota por la proximidad del día de San Valentín. Hace un par de años mis amigos Cristian y Érica se hicieron un obsequio de gran valor para los dos el 14 de febrero: contrajeron matrimonio.

NYX MARTÍNEZ ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN LAS FILIPINAS. ✨

LO QUE DIOS HA PROMETIDO

ANNIE JOHNSON FLINT

Dios no ha prometido
cielos siempre azules,
ni que la vida toda sea
senda de flores y perfumes.
Dios no ha prometido
sol sin chaparrones,
alegría sin dolor,
paz sin tribulaciones.

Dios no ha prometido
que jamás conoceremos
trabajos, tentaciones
y quebrantos extremos.
No ha dicho que no
llevaremos a cuestras
muchas cruces pesadas,
muchas cosas molestas.

Dios no ha prometido
espaciosas calzadas,
un viaje sin obstáculos
en rápidas jornadas,
sin toparnos jamás
con montañas rocosas
ni ríos de aguas
hondas y estruendosas.

Pero sí ha prometido
fuerzas para cada día,
descanso a su tiempo,
luz para la travesía,
gracia en las pruebas,
ayuda del Cielo,
inagotable compasión
y amor imperecedero.



SEAMOS POSITIVOS

El optimista ve una oportunidad
en toda calamidad; el pesimista,
una calamidad en toda oportuni-
dad. *Winston Churchill*

Aunque sepamos que todo tiene
dos lados, limitémonos a mirar el
positivo. *Mahatma Gandhi*

No hay cosa, por fácil que sea,
que no dificulte la mala gana.
Publio Terencio Africano

Siempre es posible agradecer lo
que se recibe en vez de quejarse
por lo que no se tiene. Una de las
dos cosas se vuelve una costumbre
en la vida. *Elisabeth Elliot*

La costumbre de ver el buen lado
de cada cosa vale una fortuna. To-
das las cosas tienen un lado bueno
y otro malo y si sólo consideramos
lo malo, nos parecerá que estamos
en un mundo insoportable.
Noel Clarasó

Andaba desanimado
por no tener calzado
hasta que conocí una vez
a un hombre que no tenía pies.
*Adaptación de un antiguo
proverbio persa*

Siempre hay flores para los que
quieren verlas. *Henri Matisse*

La puerta de la felicidad se abre
hacia fuera. *Søren Kierkegaard*

Si pudiera volver a vivir, procura-
ría cometer más errores. Me rela-
jaría más. Subiría más montañas,
cruzaría más ríos a nado. Recoge-
ría más margaritas. Sufriría más
problemas reales y menos imagi-
narios. *Don Herold*

Los obstáculos no pueden doble-
garme. Todo obstáculo cede ante
una resolución firme. Quien se
propone alcanzar una estrella no
cambia su rumbo.
Leonardo da Vinci

Somos los constructores de nues-
tra propia felicidad. Algunos, por
increíble que parezca, son felices
en medio de las dificultades y
los obstáculos. Otros se quejan
hasta de las más insignificantes
molestias. Los que miran el lado
bueno de un aparente desastre
son los que salen adelante en la
vida. Y esa actitud positiva irradia
luz sobre el camino de los demás.
Chloe West



DA GRACIAS A DIOS POR LO BUENO



Ejercicio espiritual

RECUERDA alguna situación decepcionante o adversa que te haya afectado hace poco y pondera lo bueno que trajo o que traerá aparejada tu mala fortuna. Procura pensar en tres cosas por lo menos. (No te rindas prematuramente. Si se te ocurre aunque sea una sola consecuencia positiva, seguramente aparecerán otras.) Luego da gracias a Dios por lo bueno.

Por ejemplo, digamos que estabas conduciendo por un camino solitario y se te descompuso el vehículo en una zona despoblada. Cuando quisiste llamar por teléfono para pedir auxilio, descubriste que tu celular estaba descargado. Tu acción de gracias después del incidente podría ser más o menos así:

«Gracias por ponerme en esa situación, que me recuerda que por muy impotente que me sienta, nunca estoy abandonado a mi suerte, pues te tengo a Ti. Te agradezco que cuando estaba varado, sin teléfono con que pedir ayuda, igual pude comunicarme contigo por medio de la oración, y Tú me respondiste y enviaste una persona amable a socorrerme. Y aunque demoró un rato en llegar, luego entablamos amistad, lo cual de otro modo no hubiera sucedido. Además, él también salió beneficiado, pues Tú lo bendijiste por detenerse a ayudarme, cosa que no hubiera tenido oportunidad de hacer de no haber sufrido yo una avería. Gracias porque, como dice la Biblia, fuiste mi «pronto auxilio en las tribulaciones»¹.

Practica este ejercicio cada noche durante una semana. Reaccionarás mejor ante las dificultades. Ver las situaciones complicadas por las que has pasado desde una perspectiva positiva te preparará para afrontar con fe y optimismo las que se te presenten en el futuro. Y eso casi te garantiza que saldrás airoso de ellas. ✂

Si aún no has aceptado a Jesús y todo lo que te ofrece, haz la siguiente oración:

Jesús, deseo conocerte personalmente. Te invito a entrar en mi corazón. Gracias por ofrendar Tu vida para que yo pudiera obtener el perdón de mis pecados, hallar paz interior y recibir de regalo la vida eterna. Amén.

¹ Salmo 46:1

Cuando la vida es coser y cantar, es muy fácil ser agradable. Mas quien sonrío vez tras vez cuando todo le sale al revés, ¡ese es hombre estimable!

Ella Wheeler Wilcox

LECTURAS ENRIQUECEDORAS Cómo tener una actitud positiva

Pensemos en las muchas maravillas que ha hecho el Señor por nosotros.

Salmo 40:5
Salmo 68:19
Salmo 126:3
Salmo 139:17

Centremos nuestros pensamientos en lo positivo.

Salmo 27:13
Salmo 94:19
Filipenses 4:4
Filipenses 4:8
1 Tesalonicenses 5:18

Que la Palabra de Dios abunde en nuestra mente y corazón.

Josué 1:8
Salmo 1:2
1 Timoteo 4:15

Adoptemos una actitud optimista ante las dificultades de la vida, viendo la mano del Señor en cada una de ellas.

Romanos 8:28
Santiago 1:2-4
1 Pedro 4:12,13

Cultivemos una actitud positiva hacia los demás.

Romanos 12:10
Efesios 4:32
Colosenses 3:12
1 Pedro 4:8

¡Qué bueno es ser optimista!

Cuando la vida se torna agobiante, cuando te parece que todo tu mundo se desmorona, cuando consideras que nada de lo que llevas a cabo contribuye a mejorar la situación, ¿qué debes hacer? Piensa en Mí. Piensa en lo mucho que te amo. Piensa en Mi poder. Piensa en todo lo que te he concedido y agradéceme lo.

Para sobreponerte a tu mal humor, basta con que me alabes. Si me agradeces todo lo bueno que hay en tu vida, se disiparán los sentimientos pesimistas.

Te encontrarás a veces en situaciones en las que no se te ocurrirá qué puede haber de bueno que agradecerme. En ese caso, alábrame por todo lo bueno que a la larga saldrá de lo malo. Si me amas, tarde o temprano

eso sucederá. Lo explica la Biblia en Romanos 8:28: «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien». Puedo hacer que cualquier cosa que le ocurra a una persona que me ama redunde en su beneficio.

Permíteme que transforme tu dura jornada en un día feliz. Siempre puedes hallar algo bueno que agradecerme. Cuando celebres algo que Yo haya hecho, normalmente te acordarás de otra cosa que hice por ti o que te obsequié, y de otra, y de otra. Si te concentras en Mí y en lo positivo, la felicidad te vendrá sin haberla buscado.



DE JESÚS, CON CARIÑO